



**JORGE
SUÁREZ-VÉLEZ**
@jorgesuarezv



AMLO hará lo que sea para que no veamos que la historia de Xóchitl Gálvez valida ese aspiracionismo de cuya negación su farsa depende.

Dispuesto a todo

Toda democracia tiene como objetivo garantizar la participación ciudadana en la toma de decisiones y en la elección de sus representantes. Pero ésta es vulnerable a la corrupción y a la manipulación, lo que puede resultar en la elección de quienes no merecen el privilegio de representarnos.

Idealmente, el pueblo de México debería elegir al próximo Presidente evaluando el desempeño del gobierno actual, decidiendo si su continuidad es deseable y contrastándola con las propuestas de la oposición. Idealmente, deberíamos elegir entre dos mujeres que aspiran a ser la primera presidenta de México, evaluando sus historias de vida y su carácter. En vez de eso, AMLO quiere que la elección se defina a partir de la compra de votos, de denostar a su opositora, de engañar al pueblo de México y de sujetarlo a propaganda descarada. Una y otra vez, demuestra estar dispuesto a pisotear la ley y las instituciones, a calumniar, a lo que sea, si eso asegura que su –claramente fallido– proyecto continúe, si evita el riesgo de que el próximo gobierno evidencie sus errores al rectificarlos, e incluso esté dispuesto a mantener aquellas políticas que considere acertadas, mostrando el pragmatismo que él no tuvo.

El Presidente condona meses de actos anticipados de campaña y el desembolso de cuantiosos recursos que quién sabe de dónde vienen, ha cometido violencia de género

contra la principal precandidata opositora y ha preferido descatar una orden judicial con tal de no darle el derecho de réplica que le fue concedido. Ante tales precedentes, ¿cuál es la probabilidad de que rechace la ayuda del crimen organizado como ya la tuvo en los recientes comicios estatales y locales? ¿Cuál es la probabilidad de que reconozca la derrota si ocurre? La vulnerabilidad de nuestra joven democracia es más evidente que nunca.

López Obrador desperdició una oportunidad histórica. El hartazgo provocado por la brutal corrupción de su antecesor, combinado con su descarada complicidad al inventarle cargos fantásticos a Ricardo Anaya (que mágicamente desaparecieron una vez que la elección fue resuelta), le permitieron alcanzar popularidad sin precedente y mayorías legislativas inesperadas. México se ha beneficiado del conflicto entre China y EU que, aunado a la pandemia (que, en ese sentido, sí le cayó como anillo al dedo), ha puesto a México en una situación envidiable. Estaríamos en los cuernos de la luna si el proyecto de AMLO hubiera sido medianamente razonable. Pudimos haber alcanzado las tasas de crecimiento que llevamos décadas añorando. En vez de eso, México es hoy más pobre que en 2018, y el ingreso de los mexicanos es menor.

Lo último que Morena quiere es rendir cuentas. Nos distraerán como lo hace el mago que mete el

conejo en la chistera. Su aparato de propaganda tratara de convencer de que Xóchitl Gálvez es un espejismo, de que su origen no es ni tan indígena, ni tan pobre; de que cualquiera que logra tanta movilidad social lo hizo a partir de la trampa y el abuso del poder. Si para lograr su objetivo AMLO necesita violar la ley al publicar información fiscal que es confidencial, pues ni modo.

A excepción de Coparmex, el silencio de las cúpulas empresariales –una vez más– ensordece. Muchos medios, y conductores de programas en medios que presumen objetividad, le hacen el juego al Presidente. Que no nos quepa duda de que cuando la candidatura de Xóchitl se confirme y ella crezca en las encuestas, y crecerá, aumentarán la violencia y la ilegalidad de los ataques. Una vez más, sólo la ciudadanía le podrá poner el alto. Habrá que hacerlo pronto.

El problema no es que el Presidente sea un macho, sabíamos que lo era; tampoco que él prefiera un México en el que los pobres tengan que votar por su “proyecto” para preservar repartos que necesitan para subsistir. El problema real es que no quiere que ese pueblo vea que la movilidad social es posible a partir de educación, trabajo y esfuerzo. Xóchitl Gálvez es su peor pesadilla. Sabe que su historia es real y lo último que quiere es que nos demos cuenta de ello, pues valida ese aspiracionismo de cuya negación su farsa depende.